
LIBRO XXXIII.

SUMARIO.

Batalla de Cinocéfaló y fin de la guerra de Macedonia.—Toma de Laucada por L. Quincio Flaminio.—Perece el pretor C. Sempronio Tuditano con todo su ejército en un combate con los celtiberos.—Muerte de Atalo.—Roma concede la paz á Filipo y devuelve la libertad á Grecia.—Reducción de los boyos y de los galos insubrios.—Triunfo de Marcelo.—Esfuerzos de Annibal para encender la guerra en Africa.—Denúncianle los jefes del bando contrario.—Marcha una legación á Cartago.—Fuga de Annibal, que se refugia en la corte de Antioco, rey de Siria.

Estos fueron los acontecimientos del invierno. Al comenzar la primavera, Quincio llamó al rey Atalo á Elacia; su propósito era someter á los beocios, cuyo inconstante carácter había flotado hasta entonces entre los dos partidos. Empezó la marcha á través de la Fócida, y fué á acampar á cinco millas de Tebas, capital de la Beocia. Á la mañana siguiente tomó con él los soldados de un manípulo, y, acompañado por Atalo y de las numerosas legaciones que de todas partes acudían á visitarle, continuó su marcha hacia la ciudad,

habiendo mandado á los dos mil hastatos de una legión que le siguiesen á mil pasos de distancia. A la mitad del camino próximamente encontró á Antifilo, pretor de los beocios: los demás habitantes estaban sobre las murallas, con objeto de ver desde lejos al general romano y al Rey. Alrededor de Quincio y de Atalo veíanse muy pocas gentes armadas y soldados: las revueltas del camino y profundidad de los valles ocultaban á los hastatos que le seguían de lejos. Al acercarse Quincio á la ciudad aflojó la marcha, como para saludar á la multitud que salía de las murallas y venía á su encuentro, pero en realidad para dar tiempo á los hastatos para que se le reuniesen. Impulsados los habitantes por el lictor, no vieron á la multitud armada que llegó detrás de ellos, hasta que se encontraron delante del general. Entonces creyeron que el pretor Antifilo había entregado por traición la ciudad, y quedaron cohibidos. No se suponía que la asamblea pública señalada para el día siguiente pudiese discutir los asuntos con libertad, pero cada cual ocultó aquel dolor inútil y que tal vez sería peligroso mostrar.

Atalo fué el primero que habló en la asamblea. Comenzó por recordar los servicios que sus antepasados y él mismo habían dispensado, bien á la Grecia en general, bien á los beocios en particular; pero demasiado anciano y débil para soportar el esfuerzo de largo discurso, calló de pronto y perdió el conocimiento. Apresuráronse á levantarle y sacarle, viéndose que tenía parte del cuerpo paralizada. Este accidente suspendió por algún tiempo la asamblea. Aristeno, pretor de los aqueos, pronunció entonces un discurso que produjo mucha impresión, porque aconsejaba á los beocios lo mismo que á los aqueos. Quincio añadió algunas pa-

labras solamente para ensalzar la buena fe de los romanos, más aún que el poder y la fuerza de sus armas. Diccarco Plateense presentó entonces una proposición cuyo objeto era ajustar alianza con los romanos; nadie se atrevió á combatirle, y todas las ciudades de la Beocia aceptaron y ratificaron la ley. En seguida se disolvió la asamblea. Quincio no permaneció en Tebas más que el tiempo necesario para asegurarse del estado de Atalo, y cuando se aseguró de que no corría peligro la vida del rey, y de que aquel ataque repentino solamente le privaba del uso de los miembros, le dejó terminar su restablecimiento y regresó á Elacia, de donde había partido. Los beocios habían entrado, como antes los aqueos, en la alianza de Roma, y Quincio se encontraba tranquilo en cuanto á ellos, pudiendo reconcentrar su atención en Filipo y ocuparse en terminar la guerra.

Filipo, por el contrario, viendo que sus legados no habían traído de Roma ninguna esperanza de paz, comenzó desde los primeros días de la primavera á hacer levás en todas las ciudades de su reino. Escaseaban los jóvenes, porque las continuas guerras sostenidas desde tantos siglos por la Macedonia habían agotado su población. Durante su mismo reinado, las batallas navales contra Atalo y los rodios, y los combates terrestres contra los romanos habían costado considerable número de hombres. Por esta razón se veía reducido á alistar, no solamente jóvenes desde diez y seis años, sino también á llamar á las enseñas algunos veteranos que conservaban restos de vigor. De esta manera completó su ejército, y, al acercarse el equinoccio de primavera, reunió todas sus fuerzas en Dium, estableció allí sus cuarteles y esperó al enemigo, ejercitando diariamente á sus soldados.

En la misma época partió Quincio de Elacia, pasó delante de Tronio y de Scarfea, y llegó á las Termópilas. La asamblea general de los etolios, que debía reunirse en Heraclea, deliberaba acerca del número de tropas auxiliares que debían enviar á los romanos. Quincio se detuvo allí, y cuando conoció la decisión de los aliados, avanzó de Heraclea á Xynias en tres días, tomó posiciones en los confines de los enianos y tesalios y esperó los socorros de los etolios. Pronto les vió llegar á las órdenes de Feneo, en número de dos mil peones y cuatrocientos caballos; y para no dejarles ignorar por qué se había detenido, inmediatamente se puso en marcha. En cuanto entró en territorio de la Phthiotida, se le reunieron quinientos cretenses de Gortyna, á las órdenes de Cydas, y trescientos apoloniatos, armados como los cretenses, y poco después Amyndro á la cabeza de mil doscientos peones athamanos. Al saber Filipo que los romanos habían dejado Elacia, comprendió que muy pronto tendría que librar una batalla decisiva; por lo que consideró oportuno arengar á sus soldados. Después de recordarles lo que tantas veces les había dicho acerca del valor de sus antepasados y de la gloria militar de los macedonios, llegó á lo que más les impresionaba en aquel momento: aterrándoles, y á lo que podía reanimar su valor é infundirles alguna esperanza.

A la derrota experimentada en los desfiladeros del Aous, por consecuencia del terror que había dispersado á la falange, opuso el fracaso de los romanos obligados á levantar el sitio de Atrax. • Además, añadía, si en el primer combate no había podido conservar las gargantas del Epiro, correspondía la falta en primer lugar á los que habían defendido la posición con negligencia,

y después á las tropas ligeras y soldados mercenarios que no cumplieron su deber durante el combate; pero la falange había resistido, y cuantas veces se encontrase en terreno llano y tuviese que resistir combate regular, sería invencible. • El ejército con que esperaba Filipo á sus enemigos constaba de diez y seis mil hombres, lo más escogido de sus tropas y de su reino, dos mil pel-tastos (1) ó soldados armados con la cetra, dos mil tracios é igual número de ilirios (de las gentes tralias), de algunos aventureros de todas naciones, tomados á sueldo como auxiliares y que ascendían á mil próximamente, y, en fin, de dos mil caballos. Las fuerzas de los romanos eran casi iguales; solamente su caballería era más numerosa, gracias al refuerzo de los etolios.

Quincio llevó su campamento cerca de Tebas, en la Phthiotida, y acariciando la esperanza de que Timón, el ciudadano más importante, le entregaría la ciudad, se acercó á las murallas con algunos jinetes y tropas ligeras. Su esperanza quedó frustrada, y no solamente tuvo que sostener un combate contra los tebanos, que hicieron una salida, sino que hubiese corrido graves peligros á no ser por un refuerzo de caballería é infantería que acudió del campamento con mucha oportunidad para libertarle. No pudiendo contar con la realización de una esperanza tan ligeramente concebida, renunció por el momento á toda tentativa para apoderarse de la ciudad. Sabía, además, que Filipo se encontraba ya en Tesalia, aunque sin conocer positivamente el punto que ocupaba: en vista de esto envió sus soldados en diferentes direcciones para cortar y pre-

(1) Llamados así porque usaban la *pelta* ó *coetra*, escudo pequeño cuadrangular ó redondo.

parar las estacas necesarias para las empalizadas. También usaban empalizadas los macedonios y los griegos, pero las estacas que empleaban, ni podían trasportarse fácilmente, ni consolidaban el parapeto. Cortaban árboles demasiado gruesos y con mucho ramaje para que el soldado pudiese llevarlo con su armamento, y cuando los clavaban en el suelo, para impedir el acceso al campamento, no se necesitaban grandes esfuerzos para derribarlos. Los troncos de aquellos árboles quedaban bastante separados, y sus abundantes y fuertes ramas ofrecían cómodo asidero, bastando dos ó tres jóvenes para derribar el árbol. Aquella brecha formaba en seguida como puerta, por la que podía entrarse sin que el enemigo tuviese á su alcance materiales para cerrarla. Los romanos, por el contrario, se servían de estacas ligeras, de dos, tres, ó á lo sumo cuatro brazos, para que el soldado pudiese llevar sin mucho trabajo algunas á la vez, al mismo tiempo que sus armas, colgadas á la espalda. Cuando las clavan en el suelo, cuidan de apretarlas unas con otras y entrelazarlas, de suerte que no se sabe á qué tronco pertenece cada rama. Además, las estacas son agudas y se cruzan en todos sentidos, de manera que no dejan ni bastante espacio para pasar la mano, ni asidero para tirar de ellas: su enlace forma cuerpo compacto, y aunque se consiguiese arrancar alguna, la brecha no es grande y fácilmente se obstruye.

Al día siguiente marchó adelante Quincio, yendo sus soldados provistos de estacas y dispuestos á atrincherarse en caso necesario. Detúvose á unas cinco millas de Feras, y envió exploradores para saber en qué punto de la Tesalia se encontraba el enemigo y cuáles eran sus proyectos. Encontrábase Filipo en las inme-

daciones de Larissa. Enterado de que los romanos habían avanzado de Tebas á Feras, quiso él también decidir cuanto antes la cuestión en una batalla, marchó en línea recta al enemigo y acampó á unas cuatro millas de Feras. Al siguiente día, las tropas ligeras de los dos ejércitos salieron para apoderarse de las alturas que dominan la ciudad. Los romanos y los macedonios se encontraban casi á igual distancia de las alturas á que se dirigían, y cuando se vieron recíprocamente, se detuvieron y enviaron mensajeros á sus respectivos campamentos anunciando el inesperado encuentro que habían tenido y pidiendo órdenes; y en seguida esperaron la respuesta sin moverse. Aquel día les mandaron no pelear y volver al campamento. Al siguiente se trabó combate de caballería alrededor de las alturas, contribuyendo mucho los etolios á poner en fuga las tropas del Rey, que fueron rechazadas á su campamento. Imposible era trabar combate general en aquel terreno cubierto de árboles, en el que la cercanía de la ciudad había multiplicado los jardines, y en caminos estrechos, frecuentemente cortados por tapias. Los generales se decidieron, pues, cada uno por su parte, á abandonar aquella posición, y los dos, como de acuerdo, tomaron la dirección de Scotusa. Filipo esperaba recoger allí la cosecha, y Quincio quería adelantarse y destruirla. Durante un día antero, los dos ejércitos, separados por larga cadena de montañas, continuaron la marcha sin verse: los romanos acamparon cerca de Eretria, en la Phthiotida, y los macedonios en las orillas del Onquesto. Lo mismo sucedió al día siguiente: Filipo se detuvo cerca de Melambia en el territorio de Scotusa, y Quincio en los alrededores de Tetidia, en el país de Farsalia, sin que uno ni otro

conociese la posición de su adversario. El tercer día huracanada lluvia acompañada de densas nieblas retuvo á los romanos en su campamento por temor á alguna sorpresa.

Queriendo Filipo apresurar la marcha, dió inmediatamente después de la lluvia la orden de partida, sin cuidarse de las nubes que bajaban hacia la tierra; pero la niebla era tan densa, que los signíferos no veían el camino, ni los soldados las enseñas, marchando á la aventura y en desorden, guiándose por confusos gritos, como gentes extraviadas durante la noche. Cuando franquearon las alturas llamadas Cinocéfalos (1) y dejaron en ellas numeroso cuerpo de caballería é infantería, construyeron los parapetos. El procónsul permaneció en su campamento de Tetidia, pero envió á la descubierta del enemigo diez turmas de caballería, recomendándoles estar alerta contra las sorpresas que la oscuridad del día podrían favorecer, hasta en parajes descubiertos. Apenas llegaron los exploradores á las alturas que ocupaban los macedonios, cuando los dos bandos, recíprocamente asustados, permanecieron en reposo y como estupefactos: en seguida enviaron mensajeros á sus respectivos campamentos, y, repuestos del temor causado por el inesperado encuentro, abandonaron la inacción. Algunos soldados, que avanzaron fuera de las filas, trabaron el combate; en seguida llegaron refuerzos para apoyar á los que cedían, y se extendió la pelea. Viéndose en desventaja los romanos, enviaban mensajero tras mensajero á su general para darle á conocer su situación. Quince mandó

(1) Aquellas alturas ofrecían desde lejos el aspecto de cabezas de perro, por lo que se las conocía con este nombre.

salir en el acto quinientos caballos y dos mil infantes, elegidos principalmente entre los etolios, bajo el mando de dos tribunos militares. Este refuerzo restableció el combate y hasta cambió la fortuna, teniendo los macedonios, que cedían á su vez, que pedir socorros al Rey.

Filipo, que por razón de la obscuridad no esperaba en manera alguna tener que combatir aquel día, y que había enviado casi todas sus tropas á forrajear, permaneció algún tiempo indeciso. Sin embargo, como los mensajeros se sucedían, y ya la niebla, dejando descubiertas las cumbres, permitía ver á los macedonios arrollados en la eminencia más alta, resistiendo menos por la fuerza de las armas que por la de la posición, el Rey comprendió que mejor era someter todo su ejército á los azares de una batalla, que sacrificar una parte y abandonarla sin defensa. Mandó, pues, á Atenagoras, jefe de los mercenarios, que avanzase con todos los auxiliares, exceptuando los tracios, y con la caballería macedónica y tesaliana. Arrojadlos á su llegada, los romanos descendieron de las alturas, no deteniéndose hasta que llegaron al llano. Si no fueron arrollados y derrotados, lo debieron á la caballería de los etolios, que era entonces la mejor de la Grecia, mientras que su infantería era inferior á la de sus vecinos.

Los mensajeros que llegaban, uno tras otro, del campo de batalla dando la noticia del triunfo y diciendo que los romanos huían despavoridos, sacaron de sus irresoluciones al Rey; que, habiendo dicho al principio que un combate general era imprudente, que ni el paraje ni las circunstancias le favorecían, se decidió al fin á sacar sus tropas y á formarlas en batalla. El general ro-

mano hizo otro tanto, porque se veía obligado a ello, antes que por aprovechar una buena ocasión. Colocó los elefantes delante de las enseñas y dejó en reserva el ala derecha, marchando al enemigo con la izquierda y todas las tropas ligeras. Recordaba á sus soldados «que iban á pelear con aquellos mismos macedonios que en las gargantas del Epiro rodeados de montañas y de ríos, fueron desalojados, á pesar de las dificultades del terreno que hubo que vencer, y derrotados en batalla campal; con aquellos mismos de quienes habían triunfado bajo el mando de su predecesor P. Sulpicio, cuando cerraban la entrada de la Eordea. Añadía que hasta entonces había sostenido á la Macedonia su fama y no su fuerza y que hasta su prestigio se había disipado al fin.» Habíase reunido ya con aquellos de los suyos que se encontraban en el fondo del valle. La presencia del general y el ejército les reanimó; comenzaron de nuevo el combate, y atacando otra vez, arrojaron al enemigo. Filippo, por su parte, se puso al frente de los peltastos y del ala derecha de la infantería, llamada falange, que era el nervio del ejército macedonio; avanzó contra los romanos á la carrera, mandando á su cortesano Nicanor que le siguiese con el resto de las tropas. Al llegar á la altura, viendo en el suelo armas y algunos cadáveres que le demostraban haberse peleado en aquel punto, que los romanos habían sido rechazados y que lo recio del combate estaba en derredor del campamento enemigo, experimentó profunda alegría; pero en seguida, cuando vió que los suyos volvían en desorden y que el terror se había propagado en sus filas, sintió inmensa inquietud y dudó si se batiría en retirada. Al fin la cercanía del enemigo, el peligro de los macedonios, á quienes mataban en la fuga, la imposibilidad de salvar-

les si no avanzaba para defenderles y la poca seguridad que le ofrecía á él mismo la retirada, le obligaron, aunque todavía no se le había reunido el resto de sus fuerzas, á correr los riesgos de una batalla general. Colocó, pues, en el ala derecha la caballería y las tropas ligeras que habían tomado parte en el combate, y mandó á los peltastas y á la falange que dejaran las picas, cuya longitud era embarazosa, y que empuñasen las espadas. Al mismo tiempo, para evitar que su ejército fuese cortado, redujo á la mitad el frente de batalla y duplicó la profundidad de la columna, para presentar más longitud que latitud. Recomendó también estrechar las filas y no dejar claro alguno entre los hombres y las armas.

Quincio, después de colocar en su línea de batalla á los que ya habían peleado, mandó tocar ataque. Dicese que jamás resonó grito más terrible al comenzar un combate; la casualidad quiso que los dos ejércitos lo lanzasen á la vez y que todos tomaran parte en aquel grito, combatientes, reservas y fuerzas que acudían á lanzarse á la pelea. El Rey venció en el ala derecha, debiéndolo especialmente á la posición que ocupaba en las alturas; su izquierda se encontraba en el mayor desorden, habiendo introducido perturbación allí la llegada de la falange colocada en la retaguardia. El centro, más inmediato á la derecha, permanecía inmóvil como si presenciase el espectáculo de un combate que le fuese indiferente. La otra parte de la falange que acababa de avanzar experimentaba aún la confusión de una marcha, encontrándose más dispuesta á continuar su movimiento que para el orden de batalla y preparada al combate, habiendo podido apenas establecerse en la altura. Sin dejarla tiempo para ordenarse, y sin cuidarse de que retrocedía el ala izquierda, Quincio man-

dó avanzar los elefantes y cayó bruscamente sobre el enemigo, creyendo que la derrota de aquel cuerpo arrastraría la de todo el ejército. No quedó defraudada su esperanza. Asustados los macedonios, volvieron la espalda y emprendieron la fuga en cuanto vieron los elefantes, y todos sus compañeros les siguieron. Entonces, un tribuno militar, como obedeciendo á repentina inspiración, tomó veinte manípulos, se separó de los suyos, cuya victoria no era dudosa, describió ligero rodeo, y cayó por detrás sobre la derecha enemiga. Ningún ejército atacado de aquella manera por la espalda hubiese podido resistir el choque; pero lo que aumentó la confusión ordinaria en tales circunstancias, fué la pesadez é inmovilidad de la falange macedónica, que no podía hacer frente por todas partes. Además, los asaltantes, que al principio habían retrocedido y que, aprovechando ahora su terror, atacaban de frente, no le permitían el menor movimiento. En fin, había perdido hasta la ventaja del terreno, porque al bajar de la altura persiguiendo al enemigo que había rechazado, entregó su posición á los manípulos romanos que la habían rodeado por la espalda. Muchos macedonios quedaron muertos en el sitio, y la mayor parte arrojó las armas y emprendió la fuga.

Filipo, acompañado por corto número de infantes y jinetes, ganó primeramente una altura más elevada que las demás, para reconocer la situación en que se encontraba su ala izquierda. En seguida, cuando vió la derrota general y las enseñas y las armas romanas brillando en todas las alturas inmediatas, alejóse también del campo de batalla. Quincio se puso en persecución de los fugitivos; pero de pronto, viendo que los macedonios levantaban las picas é ignorando lo que se pro-

ponían, quedó sorprendido por aquel movimiento, nuevo para él, y se detuvo por algunos instantes; pero en seguida se enteró de que era la señal de rendición de los macedonios, y pensó perdonar á los vencidos. Pero no sabiendo los soldados que los enemigos habían renunciado á combatir, y que el general quería concederles la vida, degollaron á los de las primeras filas y dispersaron á los otros. El Rey corrió á toda brida hasta Tempe, y se detuvo un día entero en los alrededores de Gonos para recoger los restos de su ejército. Los vencedores se arrojaron sobre el campamento de los macedonios, esperando recoger botín, pero lo encontraron casi completamente saqueado por los etodios. La batalla costó ocho mil hombres á los vencidos, y les hicieron cinco mil prisioneros; los romanos perdieron cerca de setecientos hombres. Si hemos de creer á Valerio, que siempre exagera extraordinariamente los números, mataron al enemigo cuarenta mil hombres. En cuanto á los prisioneros, se encuentra más moderado en sus cálculos, elevándolos á cinco mil setecientos, añadiendo doscientas cuarenta y una enseñas militares. Claudio cuenta treinta y dos mil enemigos muertos y cuatro mil trescientos prisioneros. Por nuestra parte, si hemos adoptado el número más bajo, no es porque nos haya agrado así, sino porque seguimos á Polibio, cuyo testimonio tiene mucho peso para la historia de los romanos en general, y sobre todo, para la de sus guerras en Grecia.

Filipo reunió todos los fugitivos que después de quedar dispersos por las diferentes peripecias del combate, consiguieron encontrar sus huellas; envió orden á Larissa para que quemasen todos los registros reales, con objeto de que no cayesen en manos de los vencedores,

y entró en Macedonia. Quincio vendió parte de los prisioneros y del botín; abandonó el resto á los soldados y partió hacia Larissa, sin saber todavía qué camino había tomado el Rey y qué proyectos formaba. Allí recibió de parte de Filipo un mensajero que venía en apariencia á pedir una tregua para enterrar los muertos, y en realidad á solicitar un salvoconducto para los legados que su señor quería enviar. El procónsul concedió las dos cosas, y mandó decir al Rey « que no desesperase »; palabras que mortificaron mucho á los etolios, que, enorgullecidos por el triunfo, se quejaban de que « la victoria había cambiado al general. Antes de la batalla no había asunto grande ni pequeño de que no diese cuenta á sus aliados; ahora no les llamaba ya á ninguna deliberación, y lo decidía todo á su arbitrio. Sin duda quería granjearse personalmente los favores de Filipo; y de esta manera las fatigas y trabajos de la guerra habrían sido para los etolios; las ventajas y utilidades de la paz, para el procónsul. » Verdad era que los etolios habían perdido algo del favor de que gozaban, pero no sabían por qué les trataban con tan pocas atenciones, y suponían baja pasión por el dinero al hombre más inaccesible á tales sentimientos. La indignación de Quincio contra los etolios tenía causa legítima: su insaciable avidez por el pillaje, la arrogancia con que se atribuían los honores de la victoria y su vanidad ofensiva para todos. Además veía que una vez abatido Filipo y agotadas las fuerzas de la Macedonia, sería necesario dejar á los etolios mandar en Grecia. Por estas razones aprovechaba presuroso cuantas circunstancias se le presentaban para rebajarles á los ojos de todos y destruir su influencia.

Habiase concedido una tregua de quince días y se

había señalado uno para celebrar una entrevista con el Rey. Antes de que llegase este día, Quincio reunió á los aliados y les comunicó las condiciones de paz que se proponía dictar. Amyndro, el rey de los athamans, dió su opinión en breves palabras, diciendo que « el tratado debía concluirse de tal manera que hasta en ausencia de los romanos la Grecia fuese bastante fuerte para hacer respetar á la vez la paz y la libertad. » Los etolios se expresaron con más violencia, declarando primeramente « que el General había cumplido su deber llamando á los que habían compartido las fatigas de la guerra para comunicarles las condiciones de la paz. Pero, añadieron, se equivocaba completamente si creía poder asegurar la paz á los romanos y la libertad á Grecia sin quitar la vida ó por lo menos el trono á Filipo; cosa que le era muy fácil, si quería aprovechar las circunstancias. » Quincio contestó « que los etolios olvidaban el carácter de los romanos ó el lenguaje que habían usado. En todas las asambleas y conferencias anteriores habían hablado siempre de paz y no de guerra de exterminio. Los romanos por su parte, constantes en su antigua costumbre de perdonar á los vencidos, habían dado brillante prueba de su clemencia, concediendo la paz á Annibal y los cartagineses. Pero sin hablar de Cartago, ¿ cuántas veces habían tratado con el mismo Filipo? Y jamás se había aludido á su destronamiento. ¿ Acaso su derrota había convertido la guerra en lucha á muerte? Contra el enemigo armado podía desplegarse encarnizamiento; pero con los vencidos solamente podía haber compasión. Parecíales amenazada la libertad de la Grecia por el poder de los reyes de Macedonia; pero una vez destruidos este reino y este pueblo, los tracios, los ilirios, los mismos ga-

los (1), naciones enérgicas é indomables se extenderían por la Macedonia y la Grecia. No era prudente derribar un enemigo vecino para abrir la entrada del país á enemigos más temibles y peligrosos. Interrumpido por Feneo, pretor de los etolios, asegurando que, si ahora se dejaba escapar á Filipo, pronto le verían presentarse armado y más furioso, el procónsul añadió: «Cesad en vuestros tumultuosos gritos; se trata de deliberar; las condiciones de la paz de tal manera sujetarán al Rey, que no podrá comenzar de nuevo la guerra.»

Con esto se disolvió la asamblea, y al día siguiente marchó Filipo á los desfiladeros que conducen al valle del Tempé, sitio designado para la entrevista. Al tercer día se le admitió á presencia de los romanos y de sus aliados, reunidos en número considerable. Allí hizo el Rey con suma prudencia el sacrificio voluntario de todo lo que tenía que abandonar para conseguir la paz, para no ser despojado por la fuerza; declaró, pues, «que accedía á todas las cesiones que impusieron los romanos ó reclamaron sus aliados en la conferencia anterior, y que, para lo demás, se remitía al Senado.» Parecía que esta resignación debía acallar hasta á sus más encarnizados enemigos; pero el etolio Feneo tomó la palabra en medio del silencio general. «Pero, en fin, dijo: ¿nos devuelves Farsalia, Larissa, Cremasta, Equina y Tebas-Phtias?» Filipo contestó que no se oponía á que tomasen aquellas ciudades. Entonces se suscitó una discusión entre el general romano y los etolios re-

(1) Los galos, después de su funesta expedición contra Delos y de la pérdida de su jefe Breno, se retiraron unos al Asia y otros á la Tracia. Los que se situaron en la confluencia del Danubio y el Save tomaron el nombre de Scordiscos: de éstos se trata aquí.

lativamente á Tebas. Quincio aseguraba que pertenecía al pueblo romano por derecho de guerra; porque antes de comenzar las hostilidades se acercó á la ciudad con su ejército y le ofreció su amistad; pero aunque tuvo completa libertad para abandonar el partido del Rey, prefirió la alianza de Filipo á la de los romanos. Feneo replicaba que para recompensar á los etolios por su cooperación, debían devolverles lo que habían poseído antes de la guerra, y que en el primer tratado se estipuló que todo el botín, todo lo que pudiera transportarse, pertenecería á los romanos, y á los etolios las tierras y ciudades conquistadas. «Pero vosotros mismos habéis violado las condiciones, replicó Quincio, cuando nos abandonateis para ajustar vuestra paz particular con Filipo. Y aunque ese tratado subsistiese aún, no podría aplicarse más que á las ciudades conquistadas. Ahora bien, las ciudades de Tesalia se nos han sometido voluntariamente.» Todos los aliados aprobaron estas palabras; en cuanto á los etolios, ni siquiera se mostraron ofendidos en aquel momento, pero el despecho les llevó muy pronto á una guerra que fué para ellos origen de grandes desastres. Filipo accedió á entregar en rehenes á su hijo Demetrio y algunos amigos suyos, y á pagar doscientos talentos. En cuanto á lo demás, debía enviar legados á Roma, concediéndole para ello cuatro meses de tregua. Convinóse que si el Senado no ratificaba la paz, se devolverían al Rey los rehenes y el dinero. Dícese que el motivo principal que llevó al general romano á ajustar la paz, fué la seguridad de que Antiocho se preparaba á pasar á Europa para hacer la guerra.

En la misma época, y según algunos historiadores, en el mismo día, los aqueos derrotaron en batalla cam-

pal, cerca de Corinto, á Androsthene, general del Rey. Queriendo Filipo hacer de aquella ciudad una plaza de armas para mantener en respeto las ciudades de la Grecia, llamó á los habitantes más notables so pretexto de convenir con ellos en cuanto al contingente de caballería que podría suministrar Corinto durante la guerra, y los retuvo como rehenes; después, á los quinientos macedonios y ochocientos aventureros de toda clase que había puesto de guarnición, añadió mil macedonios, mil doscientos ilirios y tracios y ochocientos cretenses, que los había al servicio de los dos partidos. Había añadido además mil beocios, tesalios y acarnanios, de manera que formó un cuerpo de seis mil hombres. Estas fuerzas inspiraron atrevimiento á su general para arriesgar una batalla. Nicostrato, pretor de los aqueos, se encontraba en Sicyona con dos mil infantes y cien caballos; pero como sus soldados no eran tan numerosos ni tan aguerridos, no se atrevía á salir de las murallas. Las tropas del Rey, tanto infantes como jinetes, se desparramaban por los campos y tablaban las tierras de Pelena, de Plionta y Cleoneo, llegando hasta insultar á los aqueos bajo las murallas de Sicyona, y tomando también naves, con las que recorrieron las costas de la Acaya, devastándolas. El enemigo se abandonó muy pronto á toda la audacia y hasta á toda la imprevisión á que puede llevar el exceso de seguridad. Nicostrato creyó entonces la ocasión favorable para atacarle de improviso, y mandó á todas las ciudades inmediatas orden secreta para que cada una de ellas enviase en día fijo determinado número de hombres al monte Apelauro en Stymfalia. Todos fueron exactos á la cita, y él se puso en seguida en marcha, atravesó la Fliaria, y llegó por la noche á Cleona, sin

que nadie sospechase sus proyectos. Tenía á sus órdenes cinco mil infantes, de los que parte eran tropas ligeras, y trescientos caballos. Con estas fuerzas esperó noticias de los exploradores que había enviado á la descubierta del enemigo.

Androsthene ignoraba todo esto; había partido de Corinto y marchó á acampar en las orillas del río Nemeo, que separa las tierras de Corinto de las de Sicyona. Allí dejó en reserva la mitad de sus tropas, dividió las otras en tres cuerpos, compuestos exclusivamente de caballería, y les mandó dispersarse para talar á la vez el territorio de Pelena, de Sicyona y de Fliunta. Estos tres cuerpos se alejaron en diferentes direcciones. Enterado Nicostrato en Cleona de estas disposiciones, envió en el acto numeroso destacamento de mercenarios á ocupar el desfiladero que da paso á las tierras de Corinto; colocó la caballería delante de las enseñas, con objeto de que se adelantase, y la siguió con el resto del ejército formado en dos cuerpos, compuesto uno de mercenarios y tropas ligeras, y el otro de soldados armados con escudos, y los más escogidos de los que habían enviado las ciudades. Encontrábanse todas las fuerzas de caballería é infantería á corta distancia del enemigo, cuando algunos tracios cayeron sobre los merodeadores dispersos en los campos, y llevaron la alarma al campamento de Androsthene. Golpe imprevisible fué para aquel general, que solamente había visto á los aqueos algunas veces en lo alto de las colinas situadas enfrente de Sicyona. Viendo que no se atrevían á bajar á la llanura, había imaginado que jamás se acercarían á Cleona. Mandó tocar la bocina para llamar al campamento á los soldados dispersos por todas partes, y entretanto ordenó á los que le quedaban